



señor Presidente del Consejo de ministros: Ya contestará este *Diario de sesiones*.)

Ahora bien, señores diputados, yo os digo lo siguiente: aquí ciertos sentimientos antiguos, ciertas antiguas ideas se han descompuesto, como se dice en estilo hegeliano, no por nosotros, sino por los monárquicos.

Si hay un sentimiento que muere, una idea que se apaga, algo de lo antiguo que se vá para no dejar paso al espíritu moderno: pues bien, fundemos en el espíritu, en el espíritu moderno, las instituciones, y reconozcamos que todo aquí se renueva y se transforma, y que sólo hay eterno, sólo hay permanente, sólo hay inmutable, la esencia de la patria.

Hé dicho.

Alicante 29 Marzo 1876.

## LOS FUEROS.

### VIII.

Hallábase D. Alfonso III el *Francisco* ocupado en la conquista del reino de Mallorca, cuando recibió la noticia de la muerte de su padre D. Pedro el Grande, acaecida en 1285, y como ya había sido jurado *príncipe heredero* en las Cortes del reino, empezó á llamarse en todos los documentos *rey de Aragón*, escribiendo con este título á las Cortes para participarles el feliz resultado de su expedición á Mallorca. Ofendidos los aragoneses de que se nombrase *rey* antes de jurar sus fueros, acordaron en 1286 enviarle una embajada para que antes de titularse de aquel modo viniese á Zaragoza á jurarles sus libertades, según costumbre de sus antepasados. No queriendo reconocerle como á su soberano sin que hiciese la jura, y temerosos de que D. Alfonso se agraviasse si no le decían *rey*, se valieron del ardid de que los mensajeros hiciesen verbalmente su petición al monarca.

Hallándose este en Murviedro á su regreso de Mallorca, encontró á los enviados de la Union. Oída su demanda, contestóles humildemente que si se había apellidado *rey de Aragón* era porque los preladados, condes, barones y ciudades de Cataluña le habían escrito dándole este título, y porque no le parecía bien que cuando podía decirse *rey de Mallorca*, porque la acababa de sujetar, se intitulase únicamente *infante de Aragón*: protestando á pesar de todo de que al terminar las exequias que iba á hacer al convento de Santa Cruz por el eterno descanso de su padre, iría á Zaragoza á realizar lo que la Union deseaba.

Cumplió el monarca su promesa y el día 9 de Abril de 1286 recibió en Zaragoza de mano del obispo de

Huesca las insignias reales, haciendo constar al tomar la corona que *no la recibía en nombre de la iglesia, ni por ella, ni menos contra ella*, demostrando de este modo que no reconocía el vasallaje que Pedro II hizo á la Santa Sede, y jurando observar fielmente los fueros, usos, costumbres, franquicias, libertades y privilegios de Aragón.

Pretendieron los de la Union arreglar á su gusto y con acuerdo de las Cortes la casa y consejo del rey, y éste les contestó con entereza que aunque esta disposición no constaba en el *Privilegio General* ni había sido usada por sus predecesores, compondría de tal modo su casa, que todos se tendrían por satisfechos. Dividido con esta contestación el parecer de los individuos de la Union, pusieronse unos de parte de su soberano, mientras otros continuaban en su disgusto. Nombráronse por ambas partes árbitros que zanjasen sus desavenencias, pero que, lejos de esto, los dividieron más y más.

Viendo D. Alfonso cuan tenaces eran los que intentaban arreglar su casa y consejo, salióse de Zaragoza mandándoles á decir que ni haría tal renuncia de sus derechos, ni que por entonces volvería á la ciudad porque graves asuntos le llamaban á Cataluña.

Creyéronse agraviados los unionistas de la manera que había salido el rey de Zaragoza, y uniéndose en 1286 le enviaron á decir que con la brevedad posible se trasladase allí, pues era indispensable su presencia para tratar negocios graves de la monarquía. Al mismo tiempo que hacían esto, disponían las personas que habían de componer el real consejo, y juraban nuevamente favorecerse contra el monarca á quien manifestaron que si no les otorgaba cuanto deseaban, se apartarían de su obediencia. Respondió D. Alfonso que resolvería y avisaría.

Para tratar de estos asuntos reunió Cortes en Huesca y manifestó en ellas que las peticiones de los unionistas eran de tal naturaleza, que no podía ejecutarlas; mayormente cuando no eran solicitadas por todos los individuos de la Union. Con esto se dieron muchos por satisfechos, y otros entre los que se contaban los procuradores de las ciudades de Zaragoza, Huesca, Tarragona y Jaca continuaron enojados hasta que el rey, para evitar disturbios, cedió á cuanto deseaban.

El tren-correo de Madrid, llegó ayer y anteayer á esta capital, con tres horas de retraso, á consecuencia de la afluencia de viajeros que regresan á sus pueblos, procedentes de la corte.

Nos escriben de Elche que el elemento ultramontano se agita en aquella ciudad de una manera extraordinaria, con motivo de haberse redactado una exposición dirigida á las Cortes pidiendo el restablecimiento de la unidad católica. Según nos aseguran, no hay medio que no se ponga allí en juego para aumentar el número de los que han de suscribir dicho documento. Tanto en el púlpito como en reuniones y aun en los paseos públicos, se pronuncian discursos fervorosos para decidir á los que titubean á contribuir con sus firmas á tan trascendental objeto.

En una palabra, nadie diría que acaba de darse un golpe de muerte al neo-catolicismo, representado por los carlistas en las provincias del Norte, al ver el desparpajo con que los ultramontanos arriman el áscua á su sardina. Y á todo esto los liberales de los pueblos, callados, y sin ocurrirles elevar exposiciones pidiendo la libertad de cultos. ¡Cosas de España!

Puede *La España*, dice nuestro colega *La Iberia*, negar tan rotundamente como le plazca que el ministerio presidido por nuestro amigo el señor Sagasta estuviese á punto de arreglar definitivamente las relaciones de nuestro país con la Santa Sede sobre la base del artículo 21 de la Constitución de 1869, sirviendo de intermediario en este arreglo el cardenal arzobispo de Toledo. Puede la prensa ministerial y algún periódico que no blasona de serlo levantar acta de las negativas de *La España*, y excitarnos con tal ocasión á que entremos en debate con el periódico ultramontano para poner en claro este asunto. Nosotros no aceptamos el reto: no es este el momento oportuno, ni las columnas de nuestro periódico son terreno franco para contender sobre tan grave materia.

Las declaraciones hechas por el Sr. Sagasta, jefe de aquel gabinete en el Congreso, no han podido ser más terminantes ni más autorizadas. Mantenemos, pues, todo lo aseverado por nuestro ilustre amigo en el santuario de las leyes, sin que nos preocupen en lo más pequeño las negativas de *La España*.

Pronto, además, volverá á presentarse ocasión solemne para tratar á fondo esta cuestión en ambos Cuerpos colegisladores. Y entonces se hará sin duda con la mayor amplitud, ya por el Sr. Sagasta, ya tal vez por otros oradores no menos respetables y autorizados en este género de discusiones.

A propósito de la propaganda ultramontana dice *La Iberia*:

«Los acérrimos defensores de la

intolerancia religiosa, envalentados por la actitud indecisa del gobierno, continúan infatigables la ruda campaña que han emprendido contra la libertad de conciencia.

Según anuncian varios periódicos, el breve de Su Santidad que ha publicado la *España*, juntamente con la carta del cardenal Moreno, han debido leerse el lunes en todas las catedrales del reino al celebrarse la misa mayor. La propaganda no concluirá con esto; pues lo natural es que después se lea también en todas las iglesias parroquiales. En las de Madrid se hizo el lunes.

Y á todo callaba el pacientísimo gobierno.»

## DOCUMENTO PARLAMENTARIO.

### Continuación del discurso del señor Sagasta.

Pero además, señores diputados, ¿comprendéis la prensa sujeta, la prensa aherrojada y la tribuna libre? ¿No veis que es inútil? La prensa aherrojada y la tribuna libre son dos cosas que rabian de verse juntas; son dos cosas incompatibles, como es incompatible (y ahora voy á contestar, ya que me encuentro de paso con el señor ministro de Gracia y Justicia) la dictadura con la existencia de las Cortes.

Extrañaba el señor ministro de Gracia y Justicia que mi amigo el Sr. Romero Ortiz preguntara cuándo piensa el gobierno desprenderse de la dictadura, diciendo: «¿No veis que es incompatible con la existencia de las Cortes?» ¡Y se extrañaba el señor ministro de Gracia y Justicia de que esa pregunta la hiciera el señor Romero Ortiz estando al lado mío! S. S. ha fundado su extrañeza en un error que á mi vez extraño yo mucho en la ilustración del señor Martín de Herrera.

¿Qué es la dictadura tal y como viene ejerciéndose, tal y como la hecho necesaria una guerra prolongada y sangrienta? Es la voluntad omnimoda del gobierno, es el capricho absoluto de los gobernantes, sin más que su prudente limitación, para todas las medidas que quiera tomar con las personas y con las cosas. Y esto solo se puede tolerar en estados de guerra como el que acabamos de pasar; pero fuera de eso, y con Cortes abiertas, imposible.

Lo único compatible con las Cortes es la suspensión de las garantías constitucionales, que no tiene nada que ver, ni con mucho, con la dictadura. Lo único que es compatible con las Cortes, y tan compatible como que las Cortes son las que han de establecerla, es la suspensión de las garantías constitucionales; y la misma Constitución establece ciertos límites á los cuales tienen que atender las autoridades y que implican la existencia de una ley que establezca las reglas á que han de sujetarse esas autoridades en sus relaciones con los ciudadanos para el ejercicio de los derechos individuales. ¿Y qué tiene que ver eso con la dictadura? Terminada la guerra en el Norte, pacificado hace ya tiempo el Centro y Cataluña, la dictadura no puede sostenerse.

Decía el señor ministro de Gracia y Justicia: es que hay peligros todavía. ¿Peligros todavía? ¿Peligros ahora que acabamos de vencer con las armas una grande insurrección? ¿Peligros ahora que además de la fuerza moral que da la victoria, tenéis la fuerza material de 200.000 soldados vencedores para sostener el orden público? Pues si ahora hay

peligros, ¿cuándo hemos de vivir en este país sin temores y sobresaltos? ¿Peligros ahora! ¿De dónde pueden venir y cómo pueden venir? ¡Ah, señores! esos peligros no pueden menos de ser forjados por lo que no es mas que impotencia y despecho. Todo eso de peligros en estos momentos debe tener mucho de lo del «Enano de la Venta», gran cabeza, hueca voz, pero si llega el caso, que no llegará... nada.

Pero aun en el caso de que existan esos peligros que considero imaginarios, ó por lo menos exagerados, el gobierno tiene medios de proveer á ello; y para eso debe venir ante la Representación nacional á pedir, si lo cree necesario, la suspensión de las garantías constitucionales. Las Cortes se la otorgarán; no la creo indispensable; otorguénsela en buena hora: concepto que para precaver esos peligros basta la vigilancia de las autoridades. De todas suertes, la dictadura no puede continuar con Cortes abiertas, porque su autoridad sería ilusoria y su dignidad se vería arrastrada por los suelos, si al mismo tiempo que el Parlamento ejerce sus funciones, no queda para los ciudadanos y para los partidos mas salvaguardia que la voluntad de los gobernantes, ni mas garantía que la prudencia de los agentes de policía, que, desgraciadamente, no suele ser muy grande.

Me he distraído un poco de mi principal objeto, y vuelvo á entrar en el curso natural discutiendo el dictamen de la comisión.

«Vivamente desea esta Cámara, dice

la comisión, que el arreglo de los asuntos pendientes consolide y estreche las relaciones por dicha reanudadas con la Santa Sede.» Los principios constitucionales establecidos sobre materia religiosa iban desenvolviéndose sin inconveniente ninguno, al mismo tiempo que se hacían efectivas las garantías otorgadas al ejercicio público ó privado que no fuera el de la religión católica apostólica romana; y de esta manera, y sólo con las limitaciones impuestas en la ley fundamental del Estado; de esta manera y sobre esta base pensaba el gobierno constitucional, sin menoscabo del respeto debido á las disposiciones de los poderes públicos, cimentar las relaciones que deben existir entre la Iglesia y el Estado; y de esta manera y sobre esta base, es decir, sobre el artículo constitucional de la ley fundamental del 69 y sus naturales consecuencias, la Santa Sede trataba ya con el gobierno español. Las conferencias iban tan bien y por tan buen camino, que el arreglo de las dificultades, que todavía está pendiente, estaba casi terminado; y digo casi terminado, porque en realidad dependía su terminación de una cuestión en maravedís: de la consignación de los presupuestos generales del Estado de la asignación del clero, y de la manera de atender al pago de sus atrasos. Todas las demás cuestiones estaban con Roma tratadas, y en su base aceptadas con benevolencia.

Debo decir, en honor de la verdad, que los negociadores en nombre de la Santa Sede, haciéndose cargo de la penuria del Tesoro, no fueron en esto demasiado exigentes; y por nuestra parte, no pudo haber dificultad alguna seria, colocada la cuestión en este terreno; porque siendo justo no negar á la Iglesia la protección que se le debe, el gobierno estaba dispuesto á ser solícito dispensador de esa protección, al mismo tiempo que celoso defensor de las prerrogativas que en la disciplina exterior de la Iglesia le corresponden, procurando hacer desaparecer los obstáculos que sostenían el estado lamentable en que el clero se encontraba, separándole al

## NUMERO DE TROZOS EN QUE SE HA DIVIDIDO EL PROYECTO.

Se presenta el proyecto dividido en dos trozos ya por adaptarlos á los términos jurisdiccionales que atraviesa, ya en consideración también, á que los planos y perfiles puedan representarse en hojas regulares para su mas cómodo manejo.

El primero comprende desde el origen del proyecto ó sea de la fuente de la Canaleta, que como ya sabemos está enclavada en el término de Torremanzanas, hasta la divisoria de los de Jijona y Alicante.

El segundo abraza desde esta divisoria hasta los depósitos inclusivos.

## ORDEN DE EJECUCION Y DURACION DE LOS TRABAJOS.

La urgente necesidad de que este proyecto se realice y lleve á cabo dentro del plazo mas breve que buenamente sea posible, por la razón de que así lo reclama la conveniencia, y mas que la conveniencia la apremiante necesidad de abastecer pronto la ciudad de aguas potables, buenas y abundantes, hace que digamos aquí el orden y marcha que ha de seguirse en los trabajos para que se consiga este laudable objeto, y Alicante salga cuanto antes de la situación angustiosa y triste porque está pasando ese asunto de tanta importancia para su natural desenvolvimiento.

Tal como proponemos la construcción de este viaje ó canalización, es cierto que no hay ninguna obra especial que merezca citarse por su importancia, puesto que verdaderamente no hay ninguna que la tenga; ni tampoco ninguna de esas construcciones que presentan dificultades materiales que vencer, que necesitan tiempo y aun aguardar la estación que sea mas propia para acometerlas. Todo esto es cierto; pero no lo es menos, que tenemos un trayecto que pasa de 35 kilómetros que recorrer, por medio de un acueducto de

dose, se van colocando los tubos que forman estos pasos de agua.

La apertura de los túneles también se hace al mismo tiempo, empezando dos ó tres á la vez. Como estos son cortos y abrigamos además el convencimiento que ninguna de esas dificultades que tan frecuentes suelen ser en esta clase de trabajos, se han de presentar tanto por la razón de la poca sección que los mismos tienen, como también porque los que no se han de abrir en roca compacta, van en terreno fuerte que no han de necesitar de esos medios auxiliares, tales como entibaciones y otros que impidan los hundimientos, que no son de esperar; este trabajo es corrido y puede ejecutarse en breve tiempo, contando con braceros acostumbrados á la perforación de minados, que tantos hay en la localidad.

En consideración á todo lo espuesto, nos atrevemos á asegurar, que todas las construcciones comprendidas en este proyecto, pueden muy bien concluirse en el término de dos años, contados desde el día en que se dé principio á los mismos.

Hubiéramos podido fijar este plazo algo menor; pero para que no se nos tache de exagerados, teniendo presente lo incierto que es fijar cálculos en lo porvenir, tratamos mas bien que sea algo sobrado, á no hacer concebir esperanzas que no puedan después cumplirse. Sin embargo, todos comprenderán y tendrán el convencimiento, que la realización pronta de esta empresa, á nadie interesa y toca mas de cerca, que al concesionario, que sin subvención de ninguna clase, se lanza á su ejecución, por su cuenta y riesgo, y que



